



Poesía Salvadoreña
antología breve

Morir entre mis manos

Salarrué

Ando conociendo mi muerte
en todos los modos:
los terribles, los grandes, los dulces,
los gratos al alma.
Ando revisando el día de la muerte;
la hora, el minuto, el instante.
quiero amar mi muerte;
quiero morir de vida profunda;
morir de amor inmenso;
conocer la muerte del Hombre;
resonar mi muerte en el «gong» de la existencia;
convocar a los dioses a la fiesta de mi muerte;
abrir los brazos en los cielos insondables;
descorrer cortinajes de astros
con gesto de actor que va a caer
trágico y cosmogónico,
zodiacal y galáxico;
sonreír con sonrisa de aurora del mundo;
morir en el instante en que muere el mundo;
ahogarme con el sol,
arropado en la noche infinita
y luego...
despertar niño en la casa materna,
con el leve tic tac del viejo reloj mientras el gallo
canta.

Tu pie desnudo

Carlos Bustamante

Emula de tu pie descalzo y frío,
ya la luna menguante —pez de nieve—
su dorso de marfil, arqueado y breve,
hunde en las linfas de celeste río.

También tu pie, en idéntico desvío,
mútilo de las alas, blanco y leve,
con escorzo de pájaro se atreve
a bañarse en un lago de rocío.

Refractando en relámpago nervioso
riela sobre la escarcha, cauteloso,
tu pie de jaspe inmaterial. No eludo

decir que, como el pez que se constela
de luna y concha nácar, su alba estela
deja en mi corazón tu pie desnudo.

Ah, pequeña primavera desvergonzada,
Niña precoz y lista;
Qué bien sabes calcular tus dones y escoger tus clientes.

Pero ya llegará la hora de bajar hasta los barrios de los pobres,
De penetrar en las casas de vecindad increíblemente desoladas,
De pasearte del brazo de todos los que no logran pagarte tus favores,
De parir lindas primaveritas engendradas por un robusto viento
Que limpiará el mundo de prostíbulos e igualará los barrios
De todas las ciudades.

Entonces llegarás hasta nosotros sin temerle a las rejas ni a los muros
Y serás verdadera primavera; la dulce camarada primavera.

Entonces nos veremos, primavera.

Prisión Preventiva, Penitenciaría de México, D.F., 1936

Poema Árbol del Bálsamo

Lilian Serpas

A ti vuelvo y en ti buscando aliento;
— Isla del sol— o de mí noche de estrellas,
si heridas me restañas y alma sellas
es techo y heredad, tu sentimiento.
Un átomo de amor en las centellas,
o la virtud más dulce, yo presiento:
diosecillo de luz, mi pensamiento
en ti árbol grabó, sus tiernas huellas.
Te leo entre anaqueles de la Historia
— y aquella bronca paria— en la memoria
en la corteza afirma una existencia.
de los mutables ciclos por escalas
que un dios y el tiempo entre sus verdes galas,
¡dio el palpitante origen de su Ciencia...!

Alunizaje

Lilian Serpas

Lúcido en la tiniebla de un momento
de ser —ya sido— en inicial viraje,
arranca de raíz mi pensamiento
— tan joven como antiguo en su linaje—.
Ráfaga a grupas de un saber, aliento
— del polvo hostil es rescatado viaje—,
emite luz, muy cerca a lo que siento
del más nocturno azul de alunizaje.
Ritmos de meteoros miden tensa
noche, sólo soporte a mi defensa,
igual a rostro en Cero circunscrito.
Yo heroica y huyendo en un desvelo
-libre y sin nada-, como en un deshielo,
alcanzo en pie de amor, el infinito.

La nueva palabra

César Ulises Masís

II

Nos acercamos al lenguaje
urgido de momentos esenciales.
La palabra colocarla sin brassieres
Sobre la piedra del presente.
Chulona,
Sin la figurita mierda surrealista,
Saltar del laberinto de unos cuantos
para volverse nadie con la calle.
De la percha a gran altura
bajarla al tamaño de los trabajadores de las fábricas.
De los perseguidos por el “dame cinco” a cada vuelta
de la manita que no sabe el agujero de los zapatos.
De los vestidos rotos bajo las cornisas de los teatros.
Por ellos, renunciamos al diploma de los ritos homéricos,
por acercarnos al deshecho caminando los mercados y parques.
Renunciamos
a las coronas fúnebres en la Plaza Libertad.
Por escribir sobre la puta huerfanita,
renunciamos a ser declamados los 15 de septiembre
por estudiantes de primaria.
No queremos solemnemente
Muertos
ser un ejemplo de buen tono
en las paredes de una escuela.
Honestamente
No queremos empastados de oro.
Un sitio en el museo de la Biblioteca Nacional.
Solamente pedimos alfileres en la sangre.
Lechada de cal para los ojos

mirando
la casita de lata en el suburbio.
Manos firmes para levantar la sábana
del minero soterrado.
Pesar el ovalado nombre entre las piernas,
sin ganar juegos florales de escritorio
ser poeta con los pies en el pantano.

Vengo del viento

Mercedes Durand

Vengo del viento azul
Donde el jacinto
Sorprende en su temblor al lirio de agua.
Vengo en el viento
Y con el viento traigo
La voz delgada de Guarajambala,
El eco acantarado del Sumpul,
El dialecto azulino del Jiboa
Y la música en flor del viejo río.
Del río de las barbas de esmeralda,
Del río que se extiende por los valles,
Del río que amortaja los cadáveres,
Del río de la luz en las entrañas,
Del río viejo,
Del río sangre,
Del río indio,
Del río padre,
Del río río,
Del río Lempa...
Vengo en el viento
Y con el viento traigo
Suspiros de copal,
Aire de bálsamo,
Guirnaldas de esquinsuche
Y aliento de cacao...
Vengo del viento
Y con el viento traigo
La oscura ramazón de los caobos,
El canto melancólico del guace,
La aurora vegetal del maquilíshuat,

El jacamar y su plumaje huracán...
Vengo del viento
Y con el viento traigo
Un corazón de viento huracanado...

Recuerdo y preguntas

Roque Dalton

Aquí en la Universidad
mientras escucho un discurso del rector
(en cada puerta hay policías grises
dando su aporte a la cultura),
asqueado hasta la palidez, recuerdo
la triste paz de mi pobreza natal,
la dulce lentitud con que se muere en mi pueblo.

Mi padre está esperando allá.

Yo vine a estudiar
la arquitectura de la justicia,
la anatomía de la razón,
a buscar las respuestas
para el enorme desamparo y la sed.

Oh noche de luces falsas,
oropeles hechos de oscuridad:
¿Hacia dónde debo huir
que no sea mi propia alma,
el alma que quería ser bandera en el retorno
y que ahora quieren transformar en trapo vil
en este templo de mercaderes?

Homenaje a mi padre

Roberto Armijo

Una vez más la patria que duele dentro de mí
y me sufre Porque así soy Tal vez sería otro
más locuaz perseverante y genial Pero confundido
de mí encuentro que no soy lo que pude ser
si hubiese nacido un momento de mayor felicidad
de dicha suprema cuando lloviera menos
de lo que llueve ahora sobre San Salvador
Mi madre no habría sido tan triste
ni mi padre habría estado junto a su alcohol
junto a sus achaques Aunque mi abuelo
siempre era madrugador y se comportaba
como un Dios yo habría dicho qué bella
la montaña el río que se precipita con sus estrellas
Pero fue en vano No soy lo que pude ser
Soy más pequeño que una brizna
más miserable que una hormiga
Soy un miserable que se desdice que se doblega
hasta el orgullo hasta la seriedad
y dice que no hay nada que lo mida
que lo abarque con holgura Yo no quisiera ser
el presuntuoso el afamado de mí Si hay poeta
bueno en el sentido admirable de la palabra
Quien lo niega Soy yo Pero la vida es así
Necesito la máscara El puño la palabra
cruel para sobrevivir Por eso sufro
Me siento el ladrón El que se ha robado todo
Esta camisa de nylon está llena de sangre
Yo la use impávido sin comprender sin oír
sus lágrimas Cuantas tristezas desgarras
afilaron sus hilos sus quiebres Yo la uso
con parsimonia con corbata de seda y olvidado

de todo salgo a la calle silbando una canción
Pero habrá un día cuando me digan qué he hecho
qué he aportado a la felicidad Nada tendré
ni nada diré porque estaré mudo Callado
como una baldosa Todo silencio Llegaron los
asesinados los muertos de tristeza a repudiarme
a blandir sus puños sobre mis ojos
y lloré porque fui cobarde porque callé
y tuve miedo de morir de entregarme a la lucha
como debía de ser Pero alguien dirá fue honesto
Todo corazón Caritativo Excelente amigo
Manlio lo atestigua Alfonso Roberto
Miguel Pepe Todos me saben
me conocen de memoria Sin embargo qué diré
ese día qué responderé Seré acusado
y con razón llevado a la muerte
Pero sobreviviré Tornaré cantando blandiendo
mis versos porque en ellos soy grande
Hermoso como una gratitud Claro como el día
Un Sol Pero es necesario
Afamarse Llenarse de chongas de colores
en mi país donde el respetable académico
de la lengua llena los periódicos Es verdad
en mi país la vida del poeta es una mierda
Lloro de cólera al darme cuenta que Alfonso
gran poeta sacude los estantes los libros
Cuándo el poeta será un príncipe Un dios
Por qué desde Platón se le relega Porque
lo vuelven un Prometeo Un cristo Y a veces
Un Judas Un lavaplatos Ay la edad de oro
La Edad de los poetas Todo será felicidad
La alegría brotará en las flores La patria
no será llaga pústula maligna Nos acogerá
con la ternura con que acoge un padre
una madre a un hijo ciego Nos cubrirá

nos llenará de besos ahora es una madrastra
una ramera que se entrega que nos martiriza
Entonces mi patria será mi segunda infancia
Volveré a mis pizcuchas A mi luna voladora
Viviré alegre como una Pascua Seré una
dicha Un aplauso Un milagro Porque será
milagro verla tocarla sentirla limpia
definitiva como una claridad Cuando todos
los miserables los hombres arañas hayan
muerto dejado de existir Yo sé lo siento
Mi corazón lo dice lo pronuncia ahora
que estallan los geranios que enardece
la luz del día de diciembre que se extiende
sobre los gallardetes sobre las calles
las vitrinas de los almacenes de San
Salvador Mi padre qué estará haciendo ahora
Andará por los valles del Lempa O estará
ebrio A mi padre tan sencillo tan pulcro
como una gota de agua Todo corazón
Como le quiero Como le admiro En él
bebí la leche de la bondad La magia
de mirar sorprendido el día la noche
las estrellas Allá está Aldebarán
Casiopea me decía Míralas Pídeles algo
Cuando hay lluvia de estrellas recalcaba
el hombre debe soñar Expresar su congoja
A mi padre Silvestre como el tomillo
Pura soledad de rama de naranjo
Piedra de río Recto como un árbol
como un pensamiento he continuado
Paso a paso le he seguido Me confié
a su bondad a su entereza A su tristeza
Cuantas veces le ví llorar buscar la tarde
para expresar junto a un Cristo su congoja
Su enorme carga de vivir De restregarse

la piel sobre las penas Si bebía su alcohol
era para consolarse para tentarse
sus lágrimas que eran de cal viva
Hombre fiel a la palabra A la razón
de saberse sincera Grande para sonreír
Grande para llorar para esforzarse
para vivir a plenitud su muerte.

El Escarabajo

Alfonso Quijada Urías

Te debo esta batalla, no así a los que un día me enseñaron a pagar
con otra moneda este oscuro trabajo en que se pierde la memoria,
tú lo sabes por esta caja de pandora, por este temblorcito
/ donde caen las gotas
de algún llover que hace mirar las cosas con un deleite de anfitrión,
/ del que mira
desde los ojos de sus bolsillos un mundo pobre, algo así como un
/ niño matador de insectos,
a esa hora de los invernaderos, de las peluquerías, del solipsismo
/ contra lo real
que vive adentro de estas cosas,
de la mierda misma que dejaron los abuelos paternos y que nosotros
/ llevamos con desesperación.
Te la debo, porque un día lleno de amor feudal quisiste enseñarme
/ tus dominios
y hablaste de la razón como de un espejo recién quebrado
y a la hora de comer abrías los ojos, te dabas el lujo de preguntar
/ por mi salud,
recomendarme un viaje al exterior pasando indiscutiblemente por
/ el jardín botánico,
sin darte cuenta o por lo menos tratando de ignorar que el escarabajo
/ se llena de su porquería,
se envuelve mejor dicho y retorna al hoyito como el origen
/ de todos los orígenes.
Si no lo crees podríamos hacer la prueba yéndonos y regresando
/ al mismo sitio,
a esa misma hora en que guardamos los instrumentos de siempre,
/ regresaremos,
aún cuando esa frase gastada de quienes regresan ya no son los
/ mismos, nos de estupor, deseos
malsanos, ganas de escupir al suelo, reírnos como locos,

pataleando sobre estos papeles donde muchos vienen a escribir
/ historias falsas,
suicidios de muchachos increíbles, la pérdida del pelo, el falso
/ juego del verano,
esas muchachas en plena entrega, esas muchachas que gritan
/ amormío con los dientes apretados.
Te debo esta batalla, quizá la última de las primeras, esta batalla
/ sin caballos,
sin armas, sin escudos, a pie,
cambiando de sonido y de lugar, haciendo de la vida la mejor coartada
para vencer estos demonios del orden,
de las creencias en el más allá de los confetis arrojados desde el
/ balcón más alto.
Porque estas cada vez más dentro de lo posible, circundada por todos
/ los temores;
esta batalla te la debo a ti,
esta batalla de llegar al mismo sitio como el escarabajo.

Escrito en una culata de fusil

Alfonso Hernández

Ahora la montaña ha hecho reverberar nuestros sueños,
escucho tu voz en el trópico de las estrellas;
Vamos al combate por el mismo sendero que desbordaban
tus ojos.

Hermano:

mi lágrima torrente de fuego en Portillo del Norte
atrincheraste tu vida tras tu vida arrasada...

La patria nos dio su corazón y emprendimos la lucha,
Yo di mi vida, para que entre todos construyamos su futuro.

Reclínate sobre la piedra, estoy a tu lado
como en aquellos años
cuando descubríamos la muerte en la hoguera de las barricadas,
entre escombros, ríos, montañas y ciudades.

Alguien escribió mi nombre en el cielo, con un beso: fue Matilde,
la Matildita Villagra,

En la montaña estaban sus sueños
Y mi cadáver, para eterna memoria en sus lágrimas.

Nos está llamado el futuro! Pan Tierra Libertad.
En tropel la materia jubilosa: nuestros brazos cincahuite,
ojos de granadero, piel solar de malvita,
aliento de euforbio, voz atemperada de lluvia
desde la muerte hasta el montañoso Chalate
con el esplendor del sol, tu vivo ejemplo...

El cuento

Semos malos

Salarrué

Goyo Cuestas y su cipote hicieron arresto, y se jueron para Honduras con el fonógrafo. El viejo cargaba la caja en bandolera; el muchacho, la bolsa de los discos y la trompa achaflanada, que tenía la forma de una gran campanula; flor de lata monstruosa que perjumaba con música.

- Dicen quen Honduras abunda la plata.
- Si tata, y por ái no conocen el fonógrafo, dicen...
- Apurá el paso, vos; ende que salimos de Metapán três choya.
- ¡Ah!, es quel cincho me viene jodiendo el lomo.
- Apechálo, no siás bruto.

Apiaban para sestear bajo los pinos chiflantes y odoríferos. Calentaban café con ocote en el bosque de zunzas, las taltuzas comían sentaditas, en un silencio nervioso. Iban llegando al Chamelecón salvaje. Por dos veces bían visto el rastro de la culebra carretía, angostito como fuella de pial. Al sesteyo, mientras masticaban las tortillas y el queso de Santa Rosa, ponían un fostró. Tres días estuvieron andando en lodo, atascados hasta la rodilla. El chico lloraba, el tata maldecía y se reiba sus rastros.

El cura de Santa Rosa había aconsejado a Goyo no dormir en las galeras, porque las pandillas de ladrones rondaban siempre en busca de pasantes. Por eso, al crepúsculo, Goyo y su hijo se internaban en la montaña; limpiaban un puestecito al pie diún palo y pasaban allí la noche, oyendo cantar los chiquirines, oyendo zumbiar los zancudos culuazul, enormes como arañas, y sin atreverse a resollar temblando de frío y de miedo.

- ¡Tata: brán tamagases?..
- Nójio, yo ixaminé el tronco cuando anochecía y no tiene cuevas.
- Si juma, jume bajo el sombrero, tata. Si miran la brasa, nos hallan.

- Si, hombre, tate tranquilo. Dormite.
- Es que currucado no me puedo dormir luego.
- Estiráte, pué...
- No puedo, tata, mucho yelo...
- ¡A la puerca, con vos! Cuchuyate contra yo, pué...

Y Goyo Cuestas, que nunca en su vida había hecho una caricia al hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un tapexco; y rodeándolo con ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él, con la cara añudada de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano.

Los primeros clareyos los hallaban allí, medio congelados, adoloridos, amodorrados de cansancio; con las feas bocas abiertas y babosas, semi-arremangados en la manga rota, sucia y rayada como una cebra.

Pero Honduras es honda en el Chamelecón. Honduras es honda en el silencio de su montaña bárbara y cruel; Honduras es honda en el misterio de sus terribles serpientes, jaguares, insectos, hombres... Hasta el Chamelecón no llega su ley; hasta allí no llega su justicia. En la región se deja — como en los tiempos primitivos— tener buen o mal corazón a los hombres y a las bestias; ser crueles o magnánimos, matar o salvar a libre albedrío. El derecho es claramente del más fuerte.

* * *

Los cuatro bandidos entraron por la palizada y se sentaron luego en la plazoleta del rancho, aquel rancho náufrago en el cañaveral cimarrón. Pusieron la caja en medio y probaron a conectar la bocina. La luna llena hacía saltar chingastes de plata sobre el artefacto. En la mediagua y de una viga, pendía un pedazo de venado olisco.

- Te digo ques fológrafo.
- ¿Vos bis visto cómo lo tocan?
- ¡Ajú!... En los bananales los ei visto...
- ¡Yastuvo!...

La trompa trabó. El bandolero le dió cuerda, y después, abriendo la bolsa de los discos, los hizo salir a la luz de la luna como otras tantas lunas negras.

Los bandidos rieron, como niños de un planeta extraño. Tenían los blanquiyos manchados de algo que parecía lodo, y era sangre. En la barranca cercana, Goyo y su cipote huían a pedazos en los picos de los zopes; los armadillos habíanles ampliado las heridas. En una masa de arena, sangre, ropa y silencio, las ilusiones arrastradas desde tan lejos, quedaban abonadas tal vez para un sauce, tal vez para un pino...

Rayó la aguja, y la canción se lanzó en la brisa tibia como una cosa encantada. Los cocales pararon a lo lejos sus palmas y escucharon. El lucero grande parecía crecer y decrecer, como si colgado de un hilo lo remojaran subiéndolo y bajándolo en el agua tranquila de la noche.

Cantaba un hombre de fresca voz, una canción triste, con guitarra.

Tenía dejos llorones, hipos de amor y de grandeza. Gemían los bajos de la guitarra, suspirando un deseo; y, desesperada, la prima lamentaba una injusticia.

Cuando paró el fonógrafo, los cuatro asesinos se miraron. Suspiraron.

Uno de ellos se echó llorando en la manga. El otro se mordió los labios. El más viejo miró al suelo barrioso, donde su sombra le servía de asiento, y dijo después de pensarlo muy duro:

—Semos malos.

Y lloraron los ladrones de cosas y de vidas, como niños de un planeta extraño.